

Muchos lectores del *Advocate* se han quejado de que reciben muy pocas noticias de La Misión en el mar Caribe, de modo que estoy tratando de proporcionarles un vistazo de esta lejana y distante Misión: las primeras impresiones de un misionero “nuevo”. Mi intención es describir el viaje desde la costa hacia las islas ya que aquí hay, sin duda, excitación desde el mero principio de la carrera de un misionario.

Después de un largo viaje desde Liverpool, a bordo del *RMS Ortega*, llegué a Colón (en el lado Atlántico del Canal de Panamá) a salvo, y encontré a Fray J. Rogan esperándome.

La goleta

Él me llevó a ver la embarcación que nos iba a transportar 200 millas desde la costa de San Andrés Isla. Bueno, no digo que sea un hombre valiente; y a pesar de que he pasado por los horrores de la guerra, debo admitir que temblé en mi interior cuando avisté esa pequeña goleta de 50 toneladas. Pensé en el terrible temporal que experimenté en el mar Caribe, a la salida. Recuerdo el comentario de uno de los marineros del *Ortega*, cuando le pregunté qué clase de clima debería esperar entre La Habana y Colón. “Ah! —dijo—, usted puede esperar cualquier clase de tiempo en el Caribe, desde una gota de lluvia hasta un huracán”. Un pensamiento altamente consolador, ahora que tenía que viajar por el Caribe en una pequeña tina que lucía como si fuera peligrosa hasta para cruzar el Mersey. Sin embargo, de nada servía pensar de tal modo. Yo tenía que llegar a San Andrés y ese era el mejor barco y el más grande que hacía ese viaje en particular.

Nos vamos

Bueno, nos embarcamos en la goleta un jueves, alrededor de las dos p.m., y zarpamos a velear como a eso de las cuatro p.m. Logramos nuestra salida alejándonos gradualmente, muy gradualmente. Después de mucho voltejear, finalmente nos fuimos mar adentro.

Cuando llegó el ocaso, descendí para examinar los camarotes para pasar la noche. Estos consistían de un pequeño cuarto de seis pies cuadrados. Fray Rogan estaba incómodamente instalado sobre un tablón, pero yo, siendo el huésped de honor, debía ocupar la litera del capitán. Ésta era una especie de nicho en la pared, algo similar a aquellas de las catacumbas en Roma. Yo trataba de dormir, pero por largo rato el olor de las cebollas (nuestra carga), gentil pero persistentemente, inundaba la atmósfera y hacía imposible conciliar el sueño.

Finalmente, justo cuando comenzaba a lograrlo, venían las cucarachas. Avanzaban hacia mí en compañías; sí, ¡hasta en bata-

03

El mar Caribe rumbo a San Andrés Isla

(Publicación del Saint Joseph Advocate, 1922)

The Caribbean Sea on the Way to St. Andrews Island
(Publication from the St. Joseph's Advocate 1922)

llones y divisiones! Como no había trincheras, consideré que lo más sabio era retirarme frente al enemigo. ¡De esta forma terminé la noche en cubierta!

Pero no muy lejos

A la mañana siguiente nos despertamos y descubrimos que aún teníamos Colón a la vista. Nos poseía una plena calma y las velas se habían caído; guindaban en su máxima expresión de desaliento, mientras el buen barco regresaba suave pero firmemente a la deriva a su punto de origen.

Durante el día la calma y las ráfagas de viento se turnaban. Cuando cayó la noche, le habíamos añadido cinco millas a nuestro diario de navegación. La noche siguiente estuvo llena de alarmas, dado que el clima lucía decididamente extraño. Prácticamente no había brisa y el aire estaba denso, como una presencia tangible pero invisible. Nosotros estábamos avanzando apenas lo suficiente para mantenernos en curso. El mismo capitán estaba al timón, y toda la tripulación estaba al pie de las drizas.

La tormenta

A la media noche, el capitán comenzó a gritar las tan ya conocidas órdenes: “Párense al pie de las drizas; allojen la vela mayor, etc.” Al final se decidió a navegar a toda vela. Todo marchaba debidamente (estaba arrumado apretadamente) por fin, y justo a tiempo. El viento se alzó con un rugido, ¡y con el barría enormes mares verdes! Nuestra pequeña goleta bailaba cual corcho. Volaba alto en el aire y luego descendía buceando hacia las profundidades del mar como si nunca intentara subir otra vez, mientras nosotros nos aferrábamos a todo lo que podíamos. El viento amainó gradualmente. Cerca de la madrugada, ya teníamos una buena y constante brisa. De modo que nuestra vela mayor, la gavia y las velas triangulares se desplegaron y pronto navegábamos a buena velocidad. Esta brisa se mantuvo toda la ruta y un domingo en la mañana como a la una a.m., comenzamos a divisar a la isla de San Andrés.

San Andrés

San Andrés es plana, arenosa y está rodeada por un arrecife. Por la noche carece de luces para guiar las naves, pero los capitanes parecen ser capaces de *oler* las áreas de poca profundidad y las rocas.

Atravesamos el pasaje de los arrecifes a salvo. Pero justo como a 500 yardas del punto de anclar, encallamos. Todos nuestros esfuerzos por salir fueron en vano. Nos quedamos toda la noche atrapados. Por la mañana, el barco de la aduana llegó y nos llevó a tierra. Atravesamos el pasaje de los arrecifes a salvo y llegamos a la arenosa San Andrés, sintiéndonos agradecidos de estar sanos y salvos en tierra seca una vez más.

THE CARIBBEAN SEA ON THE WAY TO ST. ANDREWS ISLAND

Many readers of the advocate have complained that they receive very little news from the Mission of the Caribbean Sea, so I am attempting to give them some glimpse of this far distant Mission, the first impressions of a new missionary. My intention is to describe the journey from the coast to the islands for, here, indeed, is excitement right from the beginning of one's missionary career.

After a long voyage from Liverpool, on board the "R.M.S. Ortega," I reached Colon (on the Atlantic side of the Panama Canal) in safety, and found Fr. J. Rogan waiting for me there.

The schooner

He then took me to view the vessel that was to convey us the 200 miles from the coast to St. Andrews Island. Well, I do not claim to be a brave man, and although I have been through the horrors of the war, I must admit that I trembled in my shoes when I gazed at that small 50-ton schooner, and thought of the dreadful weather I had experienced in the Caribbean Sea. On the way out, I recall to mind a remark of one of the sailors on the "Ortega," when I asked him what sort of weather we might expect between Havana and Colon. "Oh!" he said, "you can expect any kind of weather in the Caribbean, from a water spout to a hurricane." A most consoling thought, when I had to traverse the Caribbean in a little tub that looked as though she would be a dangerous craft even to cross the Mersey. However it was no use reflecting in this way. I had to get to St. Andrews, and that was the largest and best boat that made that particular journey.

Away we go

Well, we embarked on the schooner at about 2 p.m. on a Thursday, and we got out to sail at about 4 p.m. We worked our way out of the Warf gradually—very gradually—and after a lot of tacking, we finally passed outside the breakwater.

When the sun went down, I went down also, to examine the quarters for the night. These consisted of a small room about 6 square ft. Fr. Rogan was uncomfortably settled for the night on a plank, but I, being an honored guest, was to occupy the skipper's bunk. This was a sort of niche on the wall, somewhat similar to those in the Catacombs in Rome. I endeavored to sleep, but for a long time the odor of onions (our cargo) gently but persistently pervaded the atmosphere and made sleep impossible. Finally, just as I was dozing off, cockroaches came forth in companies; yeah, in battalions and in divisions! There being no wrenches, I considered it wisest to retire before the enemy, and so finished the night on the deck!

But not very far!

Next morning we awoke to find that we were still in sight of Colon. A flat calm was in possession and the sails drooped down in a most dejected fashion, whilst the good ship was gently but firmly drifting back to its starting point.

During the day, we had alternate calms and squalls, and when night fell, we had added about 5 miles to our log. This next night was full of alarums, as the weather

was looking decidedly strange. There was practically no breeze and the air hung heavy, like some tangible but invisible presence. We were making just about sufficient headway to keep us on course. The skipper himself was at the wheel and the crew was all standing by the halyards.

THE STORM.

About midnight, the skipper began to yell out the familiar orders, "Stand by the halyards; slack away the mainsheet, etc." and then finally he decided to take in all sails. All was stowed snugly at last and only just in time. Up came the wind with a roar and along swept huge green seas! Our little schooner tossed about like a cork. Flew high up in the air, now diving down into the depths of the sea as though he never intended to rise again. Whilst we clung on to anything we could. Gradually the wind lessened and about dawn it had fallen to a good strong and steady breeze. So our mainsail, topsails and jib-sails spreading out we were soon going along at a good speed.

This breeze kept up all the way, and on Sunday morning, at about 1 a.m., we began to sight the island of St. Andrews.

St. ANDREWS.

St. Andrews is flat and sandy, surrounded by a reef. At night there are no lights to guide the vessels, but the skippers seem to be able to smell the shallows and the rocks.

We came in through the passage in the reef safely, but just as we were about 500 yards from the anchorage we went aground. All efforts to get off were unavailing and so we remained all night hard and fast. In the morning, the customs boat came along side and took us ashore, and so on an eventful journey was over and we landed on the sandy soil of St. Andrews feeling very thankful that we were safe and sound on dry land once more.

